

LOS VERSOS DE CORDELIA

106

El Íntimo Cuchillo

(ANTOLOGÍA POÉTICA)



Primera edición en LOS VERSOS DE CORDELIA, febrero de 2026

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodecordelia.es

 @reinodecordelia  facebook.com/reinodecordelia


 www.youtube.com/c/ReinodeCordeliaor

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 6º pta. 13

28003 Madrid

 El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

© Pedro López Lara, 2026

Cubierta: Detalle de *El combate entre don Carnal y doña Cuaresma* (hacia 1559),
de Pieter Brueghel el Viejo

IBIC: DCF | Thema: DCF

ISBN: 979-13-87599-31-7

Depósito legal: M-2554-2026

Diseño y maquetación: Jesús Egidio

Corrección de pruebas: Pepa Rebollo

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

El Íntimo Cuchillo

(ANTOLOGÍA POÉTICA)

Pedro López Lara



Índice

De <i>DÁRSENA</i>	7
I. Circuito	9
II. Arcén	28
De <i>MUESTRARIO</i>	35
Vicisitudes y tiempos	37
Amores	45
Poemas hostiles	47
Postrimerías, muertes	50
Ars poetica	52
De <i>DESTIEMPO</i>	55
De <i>MUSEO</i>	67
I. Cine	69
II. Pintura	72
III. Literatura	75
IV. Mitologías	77
De <i>ICONOS</i>	81
I. Cine	83
II. Pintura	88
III. Literatura	90
IV. Mitologías	91
V. Poéticas	93

De <i>SINGLADURA</i>	95
De <i>FILACTERIAS</i>	113
Minucias	115
Conceptismos	120
De <i>INCISIONES</i>	127
Vicisitudes y tiempos	129
Hostilidades	133
Postrimerías, muertes	136
Ars poetica	139
De <i>ESCOLIOS</i>	141
De <i>TRAPECIO</i>	151
De <i>MEANDROS</i>	165
De <i>ESCOMBROS</i>	171
De <i>CANCIONERO</i>	185
De <i>EXPIACIÓN</i>	199
De <i>GUIÑOL</i>	207
De <i>EPÍLOGO</i>	221
Carcoma	223
Cápsulas	229
Cultismos	232
Repertorio último	238
Procedencia de los poemas	245

De *Dársena*

I. Circuito

Reparación

A mi padre, que deliraba en la agonía

MIRA: he traído los barcos. Se ven desde la calle.
He traído la calle y ahora es cierto que estabas en la calle y viste barcos.

Aporía

BELLOS LOS CUERPOS, sí, pero tangibles.

Último presente

VIEJO MONARCA, usurpa ahora cuanto fue suyo.

Libre ya del amor y de la cólera con que obsequió a sus súbditos, puede aún ofrecerles

más valioso presente, una virtud más alta.
Sí, aún puede, en medio de la ruina,
mostrar indiferente
la prenda irrefutable de su majestad:
su espléndido desdén por todos los asuntos
que conciernen al reino.

Acciones, palabras y desgaste

POR SUS ACCIONES los conoceréis,
no por sus frutos,
que pueden ser tardíos o estar menoscabados
por la vecindad de algún fin.

En sus acciones y sus actos, menos perentorios,
es donde encontraréis los primeros indicios.

También en sus palabras, midiendo si son justas,
si están encariñadas con alguna verdad
o al menos ha dejado en ellas
sus huellas la verdad antes de irse, o de ser expulsada,
si mantienen compromiso, aunque no sea firme,
con quien las dice o ha dejado escritas.

Por sus acciones y palabras, y también
por el desgaste de sus ojos,
tanto mayor cuanto más hayan visto y comprendido,
arrasador si han amado.

La culpa

ESTÁ desprestigiada.

Solo algún viejo pecador, de tarde en tarde,
la incluye en sus historias, afirma haberla visto
una vez, hace ya mucho tiempo.

Tenía
las uñas rotas y brillaba un poco, cuenta,
ante la comprensiva indiferencia de un público educado,
educado y menguante.

Retrospección

MIRAR ATRÁS: la mano que acaricia
el lomo de una bestia fatigada.

Amnesia

SUPERVIVIENTE de sí mismo, nada
podrá ya devolverle los recuerdos
que el muerto se llevó consigo.

Y es su memoria suplantada simulacro
de esa vida ignorada, de una vida que tuvo
estatura de hombre, el pulso fiero
de la fiebre o el mar corriendo por sus venas.

Aquellos tiempos

TENDEMOS a creer
comprensible el pasado
porque alguien nos ha dicho
que estuvimos en él.
Tú también estuviste
allí. Me acuerdo. Yo te vi,
replicamos, agradecidos.
Luego echamos los dados, como viejos tahúres
que saben perdonarse,
y cada nueva
jugada es una anécdota, un detalle entrañable
de cuando aquellos tiempos.

El payaso de la última noche

PARA ESTA última noche he contratado
al payaso más triste.
Pasaré a nuestro lado, disfrazado de Amor,
y fingiré tres veces
no saber quiénes somos, no habernos visto nunca.

Luego nos quitará la vida
con una absurda pistola de juguete.

El okupa

NO LE DEJES entrar
otra vez en tus sueños.
Encenderá todas las luces,
se dejará la puerta abierta,
gateará por los pasillos
como aquello que es:
un espectro que vive de tu miedo,
un okupa expulsado,
desconcertado aún,
que tantea el terreno
en busca de un recuerdo oscuro,
de un rincón alejado en que poner sus huevos.

No le dejes pasar:
una vez instalado, va a llamar a los otros,
me llamará también a mí,
y, cuando estemos todos juntos,
reunidos de nuevo,
saldremos en tropel, como en los viejos tiempos,
a invadir el infierno.

Qué ha pasado

SI NO RECUERDO mal —pero en verdad
no me acuerdo de nada—,
tú eras distinta y yo muy diferente,

eran otros el mundo y los lenguajes,
las caras de la gente,
y nos gustaba —creo— pasear
hablando del futuro que ha pasado,
hablando del futuro qué ha pasado.

El doblón

SOLO ES posible renegar
de aquello que se ama,
que ha sido amado hasta el hastío.
El renegar excluye toda conversión,
el desvío o viraje hacia lo otro,
hacia lo ya definitivamente ajeno.

Lo renegado de verdad se afirma
con la pasión intacta que pusimos al amarlo,
acumulada a través de la vida,
invertida sin retribución y duplicada ahora
en forma de destino,
como el doblón que graba el capitán Ahab
en el mástil de un barco enloquecido.

La dueña

NO HUBO NADA sucio entre nosotros.
El tiempo discurría sin cambios aparentes,

y el simple hecho de estar juntos
era más fuerte que el deseo.

Echo ahora de menos
la dosis justa de inmundicia
que no hubo nunca entre nosotros.

Es extraña, pensaba, la existencia,
su terca obstinación en la pureza, cual si fuera
bebedor avezado que rehúye las mezclas.

Pero algo no me cuadra:

Más de una vez he visto a esa farsante
en derramadas noches que dice que son tuyas
beber de todo, una tras otra,
sin preocuparse en absoluto
por que pudieran reparar en su presencia.
Os diré más: hablé con ella. Le pedí explicaciones,
pero ella solo concedía, afirmó displicente,
algún que otro flashback interminable.

No tardé en darme cuenta de que estaba
haciéndose la estrecha.
Porque yo le gustaba, eso seguro,
y nadie miente a tales horas
si no esconde un secreto.

Te lo voy a arrancar, hija de perra.

Van apagando
las luces del local, se acerca el camarero.

—Señor, cerramos ya, deje la barra.
—¿Y esta? —Como si no la viera,
me coge por el brazo, me acompaña a la puerta.
—¿Y esa? ¿La va a dejar quedarse ahí?
Lástima grande. Cinco minutos más y hubiera hablado.
—Escuche (entre nosotros):
no hay ningún secreto. Ella es la dueña.

Fuera el sol ciega, mis ropas se deshacen, son jirones.
Pureza, suciedad, palabrería
de borracho.

Por favor, que alguien me diga
cómo se va, cómo se iba,
dónde demonios se ha metido mi casa.

Los datos disponibles

HASTA QUE OCURRA no pensemos en ello.

Vivamos en el no ha pasado
y no en el aún no,
seamos polizones, no náufragos del tiempo,
disfrutemos de aquello que se deje,
abramos bien los ojos para verlo todo,

pero sin avideces ni urgencias.
Solo sabemos que tenemos tiempo,
si bien desconocemos cuánto
va a durar esta oferta, su fecha de caducidad,
por cuánto tiempo
la tienda estará abierta, habrá saldo en la cuenta.

A partir de estos datos, que son los disponibles
—recapitulo: hay tiempo pero solo
por el momento—,
tomemos unas pocas decisiones sensatas:
ni hacer balances ni jugar a los dados,
aspirar las fragancias de la vida,
no porque pueda ser mañana tarde,
sino porque resulta hoy su aroma constatable,
e irrefutablemente delicioso.

Mientras la muerte ultima su propuesta,
neguémonos a negociar con ella.
Cuando la tenga redactada,
firmémosla sin más. No perdamos el tiempo
—esos íntegros, colmados segundos—
en leerla ni mirar hacia atrás:
aunque nadie la vea, Eurídice nos sigue.

Tacto final

HABER RECONOCIDO la señal
o haber desatendido la llamada
son acciones inútiles
que no te garantizan nada.
A Dios le da lo mismo lo que hagas.
Su ojo ensimismado no te ve,
y de tu suerte —salvación, condena—
se abstuvo ya el primer día.

No te preocupes, pues. Lanza los dados,
pero procura antes sentir su tacto suave entre tus manos:
esa caricia va a ser tu única postrimería.

Versos útiles

UNOS VERSOS capaces
de emocionar por un instante a un hombre
insensible, nacido para no entenderlos,
como Sócrates señorero en el anfiteatro
donde se representa la tragedia,
irracional, catártica.

Unos versos traicioneros que sepan infiltrarse
en las venas cansadas de los hombres
no solo predispuestos, sino decididos,
en un resto fatigado de orgullo,
a no entenderlos, no querer entenderlos.

Unos versos que supieran entrar, haciendo daño,
en sus escépticas miradas,
abrir de par en par sus ojos al cegarlos.

Ubi sunt

DÓNDE ESTÁN mis guerreros, perdedores
solo en batallas no libradas, que fueron las más.

Dónde están los castillos que crispaban sus almenas
ante un peligro imaginario.

Dónde el enemigo retirado antes de tiempo,
sin haber completado sus infamias.

Dónde las vistosas misiones que llevaban
por comarcas insólitas.

Dónde los planos del tesoro que auguraban
la expedición, las sangres intermedias.

Dónde los indolentes, espaciosos días,
sus noches dilatadas.

Dónde el baile final de Zorba el griego,
su mística celebración de la derrota,
más grande que cualquier derrota.

Dónde estamos, amigos, cómo hemos llegado
—única magia auténtica— hasta aquí.

El testimonio

Y A NADA le preocupa o afecta de aquello,
cuanto hizo daño capaz de colmar una vida,
vaciada ex profeso para darle cobijo.

Ya nada le afecta o llega de aquello,
no porque lo haya asimilado u olvidado,
sino porque la carne consumible, el alma devorable,
han sido consumidas, devoradas,
sin que eso implique saciedad o calma.

Ahora nada queda de aquello, salvo la certeza,
renuente a entrar en detalles, de que fue y fue feroz,
íntegramente destructivo.

Por eso ahora solo quiere prestar testimonio
—testimonio: no ejemplo o aviso—,
aprovechar su turno para levantarse y jurar
por el fuego, manteniendo en el fuego la mano consumida,
levantarse aún más y decir que sí, escuetamente sí:
que fue, y fue allí, que él estuvo allí, y aquello fue, lo vio.

Una deposición escueta, un alegato simple, verídico,
forjado en el mismo fuego que arrasó las palabras

e indultó solo esas,
para que pudieran ser dichas y dieran testimonio.

Memorial de los días

HUBO días felices.
Pero esos ya, al transcurrir, sabían
que no iba a ser preciso recordarlos.
Son días que no cuentan,
que no nos cuentan nada,
pues nada importan los detalles,
sino saber que han existido.

Otros días, en cambio,
son tan horribles,
tan espantosamente ciertos,
que sienten ya, desde el primer momento,
que no sería justo que los olvidáramos.

Son esos días malos los imprescindibles,
porque en ellos se adensa y purifica la vida,
va cobrando conciencia de sí misma.
Son días memorables, y luego convocados,
ya que el alma se sabe
—infancia dura, mala—
forjada en ellos,
hija bastarda y vengativa de sus horas,
que recuerda —fueron incestos— una a una.

Procesión

ACABA UNO no sabiendo qué pintaba allí,
qué pasos que no entiende lo llevaron
a sitios que no entiende,
lugares de trabajo, cines, bares,
casas de los amigos, velatorios, bautizos,
qué pintaban allí todas las otras
personas que allí estaban,
por qué habló o no habló con ellas,
qué periplos difíciles, no ya de comprender,
sino incluso, cuando examinamos el mapa, de trazar,
habremos ido a través de los años dibujando,
trayectorias dispersas de intervalos oscuros
e incomprensibles estaciones intermedias,
pasos procesionales en que solo el peso de las andas
resulta incuestionable,
mientras persiste indiscernible, incógnita,
la extraña imagen que quizá portábamos.

Mano íntegra

CANSADA DE DESASTRES, se refugia en la sombra.

Febрил ejecutora fue de cuanta infamia
requirió la verdad.

No va a firmar ahora un armisticio que redactan
con pulso tibio aquellos que detesta.

Vedla: no se arrastra, retira
su exigencia hasta el límite:
busca alivio en la sombra.
La encontraréis allí: íntegra aún, ensangrentada.

No va a pedirnos gracia.

Finalidad de la vida

NECESITÁBAMOS la vida
para hacer con ella esto.

La hemos usado mal,
con resultados poco presentables,
pero, si estaba ahí, nunca fue por motivos estéticos,
sino para ser empleada,
bien o mal, como fuera, no importa.
Lo primordial era dejarla usada, desgastada,
inservible y exhausta.

Exhausto

YA NADA queda
de cuanto tuvo potestad de hundirse
e ir más allá de cualquier fondo.
Descansa en paz aquello
que fue una vez poseído por la vida.

El brindis

CON LA MEMORIA como todo aval,
comparezco esta noche ante vosotros.
Sé que sabéis quién soy y que mi nombre
suscita aún vuestro respeto.
Tribunal honorable, alzad las copas
en honor del efímero, pues esta
va a ser mi última noche.

Suene otra vez el mismo tango y sea
la barra como siempre pasarela
de nuestros sueños y miserias, mágica
puerta que se abre al infinito,
dique final y suficiente. Gracias
os doy por darlo todo. Adiós y basta.

Versión definitiva

NO TE ARREPIENTAS —lo hecho, hecho— de lo ocurrido.
Nada tuviste —tú nada hiciste— que ver con ello.
Además, aunque —tal vez fue así— no fuera así,
de qué podría —fui yo, confieso—, años por medio,
servir a nadie —ego te absolvo—: tú nada has hecho.

Touché

EL DESAPEGO hacia la muerte
es algo que se aprende con los años.
Es natural retarla cuando joven,
sabiéndola lejana y desatenta.
Pero en el tiempo venidero, que es el nuestro,
el desafío se atempera al ver
—sorpresa—
cómo se inclina y recoge el guante.

Sub umbras

MAÑANA,
mañana os lo cuento todo:
qué fue de tanto amor,
por qué no brotan este año los rosales,
cuál es la causa de que no queráis hablar,
soñar o tener prisa,
mañana es un buen día,
nada de lo que tengo que contaros es urgente,
mañana, pues, o cualquier otro día,
porque ya nada, creedme, corre prisa.

Tiempo

ANTES QUE MUERA en otros brazos,
ofrécele los tuyos: lo has gastado

y te ha gastado, es justo
que encuentre donde ardió reposo,
heredad en aquello
que lo dejó fluir caudal y él supo
tan minuciosamente devastar.

Fue tuyo y fuiste suyo: vuestros son
los brazos que se abren consumidos
para acoger nuestro común repliegue
hacia la desmemoria.

Descansemos en paz de lo que fuimos.

Escatogramas

QUIÉN SABE cuál será la imagen,
probablemente desvaída, que extraiga del álbum,
cuál la sombra que en esa sesión última
proyecte nuestra vida, el nombre
que obligue a pronunciar a nuestros labios.

El que será llamado

ELABOREMOS AHORA que aún estamos a tiempo
un repertorio incandescente de recuerdos.

Seleccionaremos a continuación uno de ellos
en el que nos resulte agradable perdernos,
en el que nos sintamos felices, porque lo que evoca fue pleno.
Buriémoslo entonces, procuremos que tenga —entero—
la forma que procede: la de instante. Memorícemos,
por último, esa nueva versión, y asegúremonos
de que reconoce nuestra voz y su nombre, de que acude en efecto
cada vez que lo oye, y nosotros al verlo
lo reconocemos también, sabemos
que será cuando llegue el final el que queremos
llamar, y que él será, cuando ya no quede otro tiempo
que su tiempo de instante, el que llamemos.

Verso memorioso

V_{ERSO} CABAL: el que es reminiscente.

II. Arcén

Preparativos

AÚN INMÓVIL, pero inquieta ya,
la espada sueña la batalla. Ruega
que el brazo que la empuñe esté a su altura
y sea numeroso y fuerte el enemigo,
que al cerrarse la lid brille encarnado
su filo con la sangre irreparable
de hombres que al caer sintieron digno
su fin, no fruto de un azar borroso,
sino tributo y colofón: destino.
La espada, ensimismada, inquieta, pide
que el combate alimente de recuerdos
duraderos su memoria exigente.

El sueño del acero recrea la batalla,
que, especulada, se planea en él.
Los hombres velan y no sueñan, piensan
en la batalla, afilan sus espadas,
rezan a un Dios que no escucha sus rezos,
que aún no ha decidido qué hará de ellos,
de cada uno de ellos, qué hará de sus espadas
al alba, cuando empiece la batalla.

El futuro

POCO SABEMOS del futuro.

Que será o no será, será de un modo u otro.

Que podemos a veces no tenerlo.

Que se revela, dicen, en los sueños.

Que lo soñaron bien algunos escritores:

Homero, Dante, Verne. Orwell, no.

Que cuando es previsible no lo vemos.

Que lo tuvieron los muertos.

Que los muertos lo conocen.

Que es el verso siguiente

y fue también el anterior.

Que la felicidad, si ocurre, ocurre en él.

Que puede ser insoportable ya ahora.

Que está en cada uno de los planes

que hacemos y también

en todas las preocupaciones.

Que contratamos contra él seguros.

Que contamos con él y no sabemos

si él cuenta con nosotros.

Que su prestigio es inferior al del pasado.

Que propiciarlo y prevenirlo

es el único fin de los lenguajes.

Que cuanto de él cabe decir

lo dijo Garcilaso en un verso perfecto:

Sabralo quien leyere nuestra historia.

Que hablar de él es desoír el consejo

elemental que nos dio Wittgenstein.
Que nos impele a sobrestimar el hoy
y practicar el carpe diem.
Que se agazapa en él la muerte,
y en él, tras destruirlo, sigue estando.
Que no se comunica con nosotros.
Que de él puede afirmarse cualquier cosa,
todas irrefutables.
Que no es humano, porque aún no tiene
nada de que poder arrepentirse.
Que se desgasta poco a poco
y permanece, sin embargo, íntegro.
Que no puede tener memoria.
Que, al igual que el pasado, nada
—todavía, ya— tiene que ver con nosotros.
Que a veces es preciso olvidarse de él,
aunque obviamente hacerlo
carezca de sentido.
Que todos lo tuvimos, que el agonizante lo tiene.
Que estuvimos en él.
Que presentimos, sin razón alguna,
que le gusta burlarse de nosotros.
Que es personificable.
Que no entiende de prisas,
que se relata a posteriori,
que es una ilusión que dejará de serlo.
Que creen conocerlo los legisladores.
Que va poniendo nombre a los pronombres,
que permite decir ya te lo dije.

Que la primera rima lo postula.
Que aniquila lo eterno: amor, etcétera.
Que es más intenso cualquier lunes.
Que es moldeable y que se adapta bien
—esperanza, temor— a nuestros miedos.
Que no podemos abolirlo,
pero debemos intentarlo.
Que puede no existir en otros mundos.
Que de él poco o nada sabemos.
Que lo tienen los verbos.

Post mortem

LA VIDA es infinita siempre,
clausurable pero nunca acabada,
para quien aún está viviéndola, quien vive.
Su finitud es tarea —congoja o regocijo—
de los otros, los que la sobreviven,
y ven al muerto, o saben que lo está,
y tienen que ocuparse de él
y luego recordarlo,
de forma más o menos esporádica,
restituyendo a lo que ya no es
los rasgos y palabras que lo hacían
reconocible y lo fijaban.
Los deudos son quienes asumen la tarea
de ir administrando su legado
y decidir en qué consiste,

imaginar qué fue lo que ha muerto,
cómo y por qué ha de ser recordado,
o si ha de serlo.

Pero estas cosas, todas, son ajenas
al que vivió y conocía bien
sus razones y miedos, sus certezas,
su forma peculiar de amar la vida.
La vida que para él era infinita,
porque nadie jamás se sabe muerto,
nadie se ve morir, nadie muere en sí mismo.

La olla de oro

AL FINAL del camino, ¿qué esperabas?

¿Alguna nota de agradecimiento?
¿Noticias de algún dios?
¿Una meta que acredite el trayecto?
¿El desenlace de una historia?
¿Letreros que señalen nuevas rutas?
¿Un punto cardinal brujuleable?
¿Un recibí, un resguardo, un pagaré?

O tal vez esperabas un final de cuento:

Una bella durmiente que te aguarda.
El plano del tesoro.

La clave misteriosa de la vida.
Un pordiosero con poderes mágicos.
Una esfinge portadora de enigmas.
Una voz que te diga Ya has llegado.
Un oasis de dátiles y huríes.
Un trineo que vuelve de la infancia.
Algún espectro furibundo.
Un padre que no ha muerto y te sonrío.
La fosa acogedora del cuento de Tolstói.

Pues no.

Al final del camino, el camino se acaba.
Y eso es lo único que ocurre.
El final del camino es redundante,
del todo previsible, anticlimático.

Treguas

CAPITULACIONES con la vida, necesarias
no ya para seguir viviendo,
que eso lo hace cualquiera,
sino para aplacarla.

Pactos provisionales que permitan
ganar algo de tiempo, mientras preparamos
la forma menos dolorosa
de ir traicionándola.

Entendimientos con el día a día
para llegar a la noche y soñar
tiempos distintos, finalmente sin días.

Extractos de un dolor cansado que se aviene a pactar
olvidos y desganas, pequeños recesos,
treguas de crueldad aminorada.

Bifurcado

FUIMOS ARRANCADOS de otro vientre, no el materno.
Y arrastro
esa dicotomía por las venas:
la sangre extraviada hacia algo ajeno,
su ansia de verterse reclamada
por heridas distantes que se saben
legítimas ambas mientras sigan abiertas,
pendiente su heredad —bastarda en vilo—
del caudal que mis cuerpos les dispensen.